

# El diseñador del Jardín del Túria y precursor de la València moderna

► «El mejor homenaje para Bofill era el trabajo bien hecho y aceptado», afirma Pérez Casado  
 ► «Tuvo dudas al principio», explica Escribano

era posible, que podíamos hacer proyectos ambiciosos cuando todo aquí era pesimismo, teníamos el problema de la urbanización del Saler, el centro histórico estaba amenazado y los camiones pasaban por el centro de la ciudad», explica el arquitecto y padre del actual PGOU, Alejandro Escribano.

A principios de los años 80, una vez suspendido el plan desarrollista que pretendía convertir el lecho seco del Túria en una autopista urbana, surgió un intenso debate sobre los usos y el diseño del viejo cauce. Unos sectores abogaban por crear un gran bosque urbano y otros por aprovechar el cauce para construir dotaciones y servicios. Al final se impuso la idea de buscar a un profesional de prestigio de fuera que pusiera orden. El elegido fue Ricardo Bofill. El encargo se hizo, no sin críticas de la oposición del PP que cuestionaba a Bofill «por catalán y comunista», en septiembre de 1981 recuerda el entonces alcalde, el socialista Ricard Pérez Casado, que conoció al arquitecto años antes, cuando cursaba estudios en Barcelona y con quien compartió inquietudes políticas y amistades.

Del fichaje del ar-

quitecto barcelonés, fallecido ayer a los 82 años, que ya entonces gozaba de prestigio internacional, se encargaron directamente Alejandro Escribano y el entonces concejal de Urbanismo, el abogado Juan Antonio Lloret. Ambos viajaron unos meses antes del encargo oficial a Sant Just Desvern donde estaba y está el estudio de Bofill para proponerle que diseñase el proyecto del Jardín del Túria.

Bofill «aceptó, aunque tuvo dudas al principio porque vio que había posturas enfrentadas, pero le hicimos ver que era un proyecto crucial y como al final le gustaban las propuestas con carga polémica aceptó», explica Escribano.

Con los años, el Jardín del Túria fue una de sus mayores satisfacciones profesionales, asegura Ricard Pérez Casado. Así se lo trasladó el arquitecto barcelonés al alcalde hace cinco años cuando ambos se reencontraron en una visita de este a la ciudad relacionada con su último encargo privado para la construcción del que será el rascacielos residencial más alto de la capital, el Kronos Homes, que se está construyendo frente al Palacio de Congresos. «Queríamos ver como se vive el jardín y escuchar lo que decía la gente». «Es un jardín de todos y en el que se hace de todo». El resultado no pudo ser más satisfactorio.

El mejor reconocimiento para Bofill, que desarrolló directamente los tramos de lenguaje neoclásico del Palau de la Música, proyecto estrella de Pérez Casado, «era el trabajo bien hecho y aceptado por agente» y el Jardín del Túria, aún inacabado en sus tramos finales, cumple con creces.

## PENSAR EN GRANDE

El noray  
**Julio Monreal**



València le debe un reconocimiento a **Ricardo Bofill** como se lo deberá a **Santiago Calatrava** un día. El arquitecto catalán fallecido ayer tuvo a principios de los años 80 la audacia de aceptar un encargo que parecía una locura y que, sin embargo, convirtió a la ciudad del Turia en la envidia de todas por disponer del mayor jardín urbano, de casi 9 kilómetros de longitud y 150 metros de anchura media, en el hueco que sólo 30 años antes había sido un devastador y furioso curso de agua. Pensar en grande dio resultado.

El tardofranquismo quería convertir el viejo cauce del Turia en una tupida red de autopistas de entrada desde Madrid y salida cerca del Puerto hacia Barcelona. Pero la democracia local llegada en 1979 reconvirtió aquel plan en una oportunidad verde, un pulmón que permitiría articular la nueva ciudad desde Campanar hasta Nazaret, al grito popular reivindicativo de «el llit es nostre y el volem verd». Fue el principio de la València que quería cambiar.

Un joven arquitecto llamado **Alejandro Escribano**, que años más tarde dirigiría los trabajos del Plan General de València de 1988, convenció al entonces alcalde socialista **Ricard Pérez Casado** de que el proyecto del Jardín del Turia podía ser cosa de Ricardo Bofill, ya entonces una estrella rutilante en su estudio de Sant Just Desvern. Y allí que se fueron Escribano y el primer teniente de alcalde y concejal de Urbanismo, **Juan Antonio Lloret**, a convencer al arquitecto que hablaba como un filósofo para que aceptara, cosa que hizo sin necesidad de insistirle mucho.

Los bocetos y maquetas de Bofill para el ambicioso proyecto atrajeron a más de 100.000 personas a una exposición montada en la Lonja para presentar el plan en público. El arquitecto catalán dividió el viejo cauce en tramos y esbozó cada uno de ellos, quedándose para su ejecución directa dos: los sectores X y XI, entre el puente del Mar y el del Ángel Custodio, donde aún hoy lucen los huertos de cítricos, las acequias (sin agua) que

los recorren, el estanque circular bajo el puente del Mar para que se pueda ver el reflejo de esta joya; los elementos neoclásicos que flanquean la fuente ante el Palau de la Música y otros detalles de estilo que el arquitecto quiso incorporar a su obra.

Los otros tramos fueron diseñados y realizados por otros equipos, como Vetges-Tu (sector II); por el ayuntamiento (estadio deportivo del tramo III); por el municipio con ayuda de la Generalitat (parque Gulliver en el tramo XII); o por la Administración autonómica en solitario (los correspondientes a la Ciutat de les Arts i les Ciències). Bofill previó inicialmente un gran foro central del jardín para grandes eventos de la ciudad ante las Torres de Serranos pero las estrecheces económicas municipales, los sobrecostes (sí, sí, también) y los cambios políticos frustraron aquel ágora, sustituido por un campo de fútbol de tierra.

Bofill ayudó a sentar las bases de una València que hoy enorgullece a la mayoría

La etiqueta de un cierto «cajón de sastre» se apoderó del Jardín del Turia, que sin embargo ha superado la treintena con sobresaliente, gracias al porte y variedad de su vegetación, la gran cantidad de servicios y posibilidades que ofrece y también a una cierta armonización de elementos que llegó cuando se transformó en el circuito de actividad física más importante de la capital. Con todo, el sueño de Bofill y de aquella incipiente democracia aún está por concluir. Aguas abajo del Oceanogràfic, el viejo cauce poco tiene que ver con aquellas maquetas de la Lonja. A la ciudad le falta encontrarse con el puerto, en muchos sentidos, pero ese «cap i casal» al que cuesta tanto reconocer el mérito debe a Bofill un agradecimiento expreso, público, por haber contribuido a sentar las bases de una nueva València que hoy enorgullece a la mayoría.



Vista aérea de las obras de los tramos desarrollados en el río por Bofill. L-EMV

HORTENSIA GARCÍA. VALÈNCIA

El Jardín del Túria, el río verde que vertebró la ciudad de oeste a este, fue el primer proyecto de la nueva València y la gran aportación de modernidad de Ricardo Bofill a la ciudad. El plan especial del Jardín del Túria diseñado por el arquitecto catalán y aprobado en 1983 fue «un soplo de modernidad que nos hizo ver que otra València

### El «hito» del plan del Jardín del Túria

La aprobación en 1983 del plan especial del Jardín del Túria de Bofill, cuyo avance se mostró en 1982 en la Lonja en una exposición con una notable participación ciudadana fue un antes y un después para la ciudad.